



P O B R E S T I P I C O S

ADQUIERE una gran fijeza la raza en sus pobreterías, en estos mendigos españoles cuyo rostro resulta inolvidable por el gesto que hace su mano.

También ellos nos ven como nadie á nosotros cuando no son ciegos. Son los que mejor conocen á un transeunte y más idea de él tienen. Nuestro rostro lo dejamos estampado en su memoria para odioso ó amable recuerdo de estos pobres lagotos.

Madrid tiene sus ejemplares clásicos que resultan como menos emboscados que en los pueblos donde también se asemejan demasiado á los campesinos ó lugareños.

Aquí la pobreza resulta más lívida, como destacándose sobre unos bastidores blancos de galería, muy siluetados los personajes de la pobreza. Algún toma carácter de gran prócer de la mendicatura, y es el contraste de esas autoridades aristocráticas que se retratan detrás de las mesas solemnes en los altos estrados de escaleras drapeadas.

Sostiene cada uno su plaza, su pared, su edificio. Realmente el día que falte ese pobre en ese rincón se cuarteará todo el ala derecha de ese edificio.

Marcen como signos, como faros de la mañana—y eso que muchas veces son ciegos—el itinerario real de la vida. Yendo como vamos un poco en sueños siempre y distraídos, ellos nos traen á la realidad y nos destacan toda la materialidad de las calles y su espectáculo.

Nuestro museo interior está lleno de rostros de pobres y de políticos. Sí. Aquel tipo con boca de calavera de antilope á través de unos ralos bigotes y unas barbas decididas, era como Romero Robledo, y aquel pobre con un rostro «barojiano» y con un color de cobre con cardenillo, era el pobre que conocimos bajo la invocación de Fidel.

En la imaginación, como pedigüeños que nos salen al encuentro, queramos ó no, hay pobres terribles, de catadura sospechosa ó con aire brujesco y taimado.

Hay los flotantes y en pie y los que están sentados.

Esos que están en pie andan de lado y recorren toda la población. Saben salir al paso sin que se note, como si no tuviesen puntería, atrapando al que tiene la desgracia de pasar. Son po-

bres que faltan al hieratismo que va bien con los mendicantes.

Los que están sentados son como pescadores de la limosna. Son más pacientes. Su caña es disimulada, pero desplaza el anzuelo mucho más allá de donde se colocan. A veces si su figura es lo bastante condoliente, son como pescadores que pescan con tres anzuelos disparados á distinta distancia. Los flotantes avisadores insubmergibles les avisan cuando la limosna ha caído sin necesidad de que suene en el platillo; tienen una gran sensibilidad para eso. La mano del compasivo no ha buscado el bolsillo del chaleco y, sin embargo, ya saben que la limosna está en casa. Yo lo he notado en sus rostros impassibles, y no precisamente en una mutación de su inmutabilidad, sino en cómo ha pasado por ella un reflejo y se ha vuelto más rígida.

¿Cómo conocen el plano de la ciudad los mendigos flotantes, ó como se saben desde por la mañana temprano los programas de la eterna feria de la Corte! El plano de ellos es un plano de bulto, como ese que, hijo de Madrid, hace más de un siglo hizo un paciente militar. No dejan de divertirse corriendo y viendo. Son los observadores en perpetuo domingo.

Los que están sentados sí ven; conocen admirablemente, como no llegará jamás á conocerla ni un novelista, la vecindad de la calle en que se estacionan, y si son ciegos conocen como nadie el tiempo, sus suavidades y su calidad, su profundidad y su argentinería, sus tornasoles todos.

Los pobres de Madrid unos son de aquí, otros son de los pueblos de los alrededores, la mayor parte viajeros que supieron llegar y que aunque á veces son devueltos á sus pueblos, saben volver.

Con la supresión de las clases pasivas la mendicidad dentro de unos años va á ser macabra, pues ese tipo de pensionista que comparte la mendicidad con los pobres que tienen franco tipo de sirvientas despedidas de la última casa, se va á prodigar mucho con sus manteletas desgarradas y sus faldas embarrizadas, entregadas á una soñolencia especial mientras piden limosna, una soñolencia entre la vida y la muerte.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA